

Gabriela Dalla Corte Caballero. *La guerra del Chaco. Ciudadanía, Estado, Nación en el siglo XX. La crónica fotográfica de Carlos de Sanctis*. Rosario, Pro-historia Ediciones, Taller de Estudios e Investigaciones Andino-Amazónicas, 2010, 276 páginas.

Por Pablo Augusto Bonavena

De 90.000 a 150.000 muertos son las cifras que circulan sobre la guerra que tuvo lugar del año 1932 a 1935 entre Paraguay y Bolivia.¹ También se la conoce como la guerra del petróleo, ángulo donde el nombre de los países queda desplazado por dos empresas petroleras: la Royal Dutch Shell (Shell) reemplaza a Paraguay y la Standard Oil of New Jersey (luego Exxon) ocupa el lugar de Bolivia.² Una mirada más compleja, en vez de quitar nombres, los agrega: del lado paraguayo y la Shell suma a Argentina, y del boliviano y la Standard Oil se asoma Brasil. Claro que la lista de involucrados podría ampliarse, especialmente si anexamos apellidos como Rockefeller, Mihanovich o Braden. El libro de Gabriela Dalla Corte Caballero, empero, no prioriza ese derrotero en sus páginas, aunque ofrece una detallada información sobre este particular. La fuente principal de su trabajo la orienta preferentemente hacia la manera en que el Estado y la Nación paraguaya buscaban consolidar su control sobre la porción de territorio que en los años del choque bélico fue regada, seguramente, con más sangre que agua.³

¹ Chiavenato, Julio José; *La guerra del petróleo*, Buenos Aires, Editorial Punto de Encuentro, 2005.

² Desde este ángulo vale la pena recordar, como lo hace la obra analizada en esta reseña, al libro de Augusto Roa Bastos titulado "Hijo de Hombre", apartado "Destinados".

³ El problema del agua era el gran flagelo de las tropas tanto bolivianas como paraguayas: "En 1938 un pequeño avión de la misión militar de los Estados Unidos sobrevolaba el Chaco haciendo un reconocimiento sobre el teatro de campaña. En cierto momento, los observadores perciben grandes círculos blancos en el suelo brillando al sol... eran los esqueletos de diez mil soldados bolivianos muertos de sed... en el cerco de Picuiba-Yrendagüe, en 1934". Chiavenato, J.J.; op cit, página 168.

La obra expone una crónica fotográfica del médico rosarino Carlos de Sanctis, como señala Sandra Fernández en el prólogo, con la idea de decirnos con énfasis que “¡ESTO ES LA GUERRA!”. Paralelamente a su trabajo de varios años en distintos cargos como médico, de Sanctis se incorpora en 1918 al ejército argentino como oficial de reserva. Luego se sumó como médico voluntario al ejército paraguayo y en enero de 1933 tomó parte del ataque a las posiciones bolivianas en Saavedra. Ofició, además, como corresponsal de guerra para el diario La Capital de Rosario. Pasada la guerra, organizó el material fotográfico acompañado con notas, observaciones y comentarios, con el título “Mi campaña en el Chaco, álbum de fotografías explicadas (1932-1933)”. Compone así un “relato gráfico” que permite conocer diferentes aspectos de la confrontación bélica que le tocó protagonizar, y las consecuencias horribles que trajo aparejada como cualquier otra guerra. Dalla Corte Caballero enmarca la colección fotográfica resaltando los aspectos que hacen a la ampliación de la territorialidad paraguaya y su ciudadanía, recurriendo a una importante cantidad de bibliografía y fuentes documentales, que combina distintas evidencias y observables con fotografías en una perspectiva que la autora define como “microhistórica”. Saca un excelente provecho de las crónicas del médico rosarino que complementa transitando aspectos poco conocidos de esa guerra, como el involucramiento de la población indígena de la zona de conflicto o las resistencias internas en Paraguay a la participación en la conflagración, oposición que se cimentaba argumentando que era una disputa entre capitales norteamericanos y británicos que en nada favorecía a los campesinos y otros sectores populares y sí lo hacía, en cambio, con capitales argentinos y de otras naciones o empresas extranjeras.⁴ El

⁴ En Bolivia también hubo resistencia a la guerra, especialmente proveniente de la izquierda revolucionaria que desarrolló un intenso trabajo de concientización entre la tropa, de gran trascendencia en el futuro inmediato. Véase al respecto, Chiavenato, J. J.; op cit.



libro permite conocer, además de los intereses en juego, la política de la iglesia católica, las formas de explotación de las “comunidades indígenas”, las condiciones de trabajo en los obrajes, las características de las tolderías, el papel de los ferrocarriles y del transporte fluvial, entre muchos otros aspectos, donde no faltan consideraciones acerca de la “vida cotidiana” de las tropas en ese terreno que muchos califican de “infernale inhóspito”. No obstante, más allá de los importantes esfuerzos por darle contexto a las fotos, éstas hablan con una autonomía escalofriante, donde los cuerpos desgarrados invadidos por las moscas demuestran la destrucción de la guerra con una contundencia difícil de alcanzar con las palabras, allá en un territorio donde los médicos como de Sanctis sentían cómo los gusanos subían raudamente por sus botas esperando que fracasasen en la tarea de salvar a un herido sobre la camilla de campaña, o a la espera de algún miembro amputado.⁵

Hay muchos más elementos que hacen muy interesante a este libro, que nos ayuda a entender una guerra que recién fue cerrada en el año 2009, cuando Evo Morales y Fernando Lugo firmaron un acuerdo definitivo de fronteras en Buenos Aires.

⁵ La solución más rápida para garantizar la vida de los heridos era la amputación, aunque a veces por falta de sierras seccionaban las partes blandas de los miembros despejándolas de los huesos, que quedaban expuestos. Estas amputaciones se efectuaban sin agua para lavar heridas e instrumentos; a veces no había anestesia y hacían sonar un fonógrafo para que los heridos que esperaban su turno para ser intervenidos no escucharan los gritos de dolor. Los heridos en el vientre no eran operados por los pocos recursos disponibles; prácticamente quedaban condenados a muerte.

